

**Nikolaus Böttcher/Isabel Galaor/Bernd Hausberger**

## **En la búsqueda del poder y de la resistencia**

En las relaciones de poder los conflictos siempre abundan, y en ellos nunca faltan las adscripciones discursivas, moralizadoras o ideológicas que pretenden definir cuál de las partes involucradas tiene razón y está en su derecho, cuál sirve al bien común y cuál a intereses particulares y egoístas, cuál promueve el progreso y cuál lo obstruye, cuál lucha con las armas y los medios justos y cuál rompe las reglas. En otras palabras, simplemente se quiere determinar quiénes son los buenos y quiénes los malos. A veces la contienda sólo se reduce a tal intercambio de argumentos o insultos, en el cual un ejército de políticos, ideólogos, analistas, científicos y seudocientíficos intenta ganar influencia, seguidores, prestigio y fama. América Latina –y el campo científico que se dedica a ella– no constituye ninguna excepción.

En las décadas posteriores a la independencia, junto con el escritor y presidente argentino Domingo Faustino Sarmiento, quien en 1845 publicó *Facundo*, uno de los libros de mayor influencia en la historia de las ideas latinoamericanas, muchos intelectuales del continente concluyeron que la realidad de sus países estaba determinada por el antagonismo entre civilización y barbarie. Consideraron como primera necesidad política superar la barbarie de la población campesina y de las clases bajas en general. Esto hay que entenderlo en el contexto de la difícil construcción del Estado nacional en regiones donde la integración política, económica y cultural era muy rudimentaria, y de ahí no sorprende que la mayoría de los pensadores hubieran querido más que nada poner orden a ese desorden, fortaleciendo algún poder estable, fuera el poder impersonal del Estado o el de un caudillo carismático. En la segunda mitad del siglo XIX, el repudio que cobijaban las clases altas urbanas, que se identificaban como miembros de la cultura occidental, contra el resto de la población se reforzó por un darwinismo social positivista, el cual, al glorificar a los fuertes y poderosos, tomó todo intento de resistencia desde abajo como un mal inspirado ataque al progreso y no sintió grandes remordimientos al reprimirlo. Pero, paralelamente y poco a poco, una nueva visión se abrió camino.

Este giro se inició como una mirada más compasiva hacia los grupos “bárbaros” destinados a desaparecer. En Argentina, José Hernández, en su famosa obra *Martín Fierro*, contradijo los agresivos postulados de Sarmiento y reclamó más comprensión para el mundo del campo explotado y despreciado. En México, en vísperas de la revolución, Andrés Enríquez Molina, sin abandonar el evolucionismo social, ubicaba a la población urbana y a los indígenas y mestizos en diferentes etapas históricas y optaba por igualar ese desfase mediante una redistribución de la propiedad de la tierra (Florescano 1997: 506-511). La alianza del pensamiento intelectual con el poder político (y económico) de las oligarquías decimonónicas obviamente estaba desmoronándose.

En el siglo XX, el interés en los grupos sociales y étnicos subordinados y marginados del progreso nacional siguió creciendo. A nivel del discurso político se descubrió –o mejor dicho, se usó cada vez más– lo tradicional para construir la identidad nacional, como ya lo había hecho, por ejemplo, el jesuita veracruzano Francisco Javier de Clavijero, en su exilio italiano, con el pasado azteca para el caso de México a finales del siglo XVIII. Se creó de esta forma un discurso de identidad defensivo en contra de la pujante influencia extranjera, considerada hasta el momento como la única fuente de la civilización y del progreso. Como en todas partes, se ubicaba lo tradicional en la historia o en el campo, entre los sectores de la sociedad que más atrasados y, por lo tanto, más auténticos parecían. La diferencia entre la idealización ideológica de estas culturas indígenas, afroamericanas o mestizas y el trato práctico que recibían sus portadores reales era, sin embargo, abismal y, vale decirlo, lo sigue siendo hasta hoy. Pero surgió de esta suerte uno de los movimientos intelectuales más influyentes de América Latina: el indigenismo. Éste se constituía de hecho con una serie de diferentes corrientes, que al principio eran bastante compatibles con el racismo de antaño, que argüía como el destino de los indígenas el ceder a las razas más fuertes.

No obstante, empezó a imponerse una creciente conciencia social sobre la situación vigente, como ya se había percibido en autores como José Hernández o Andrés Enríquez Molina. La Revolución mexicana, a pesar de sus escasas consecuencias reales en el orden social, fue una etapa fundamental para este desarrollo. El nuevo indigenismo –por naturaleza, sobre todo en los países donde perduraban amplias

poblaciones indígenas y en otras partes sustituido por una corriente afroamericanista o por una exaltada mestizofilia— resaltó las culturas autóctonas, sin embargo, muchas veces con el propósito de integrarlas, finalmente, a una cultura nacional altamente determinada por los valores occidentales, en la cual eclipsarían finalmente, aportando sólo elementos folklóricos, como partes de la música y los platos típicos. Con el peruano José Carlos Mariátegui, entre otros, el ideario indigenista alcanzó una fuerte militancia política. Intentando adaptar a la realidad de América Latina el análisis y el programa político marxistas, se formuló un indigenismo como protesta en contra de la injusticia social centenaria que estaba observando. Mariátegui diagnosticaba que el problema de los indígenas no se resolvería mediante programas de alfabetización y de educación, sino sólo en el socialismo alcanzado por la lucha de clases y la revolución (Maihold 1988; Leibner 1999; Devés Valdés 2000: 119-128). La categoría “indio” se desligó de esta forma de su definición cultural y terminó por integrarse en la clase de los “campesinos”, que existía independientemente de la procedencia étnica y del color de piel de sus integrantes (Ramos 2001: 248). Las identidades étnicas y culturales acabaron con esto por ser vistas como mero encubrimiento de las diferencias de clase, consideradas como primordiales.

Dado el carácter agrario de las sociedades latinoamericanas que predominó hasta la segunda mitad del siglo XX, era lógico que fueran las luchas de los campesinos las que más atención recibieron, en detrimento de otras formas de resistencia originada en los sectores urbanos, burgueses, proletarios o intelectuales. No obstante, así la lucha de clases, la resistencia y la revolución terminaron por ocupar un lugar preferente en el imaginario histórico y político de los latinoamericanos, convirtiéndose en elementos identitarios (Ferreira 1996). En esta línea de pensamiento, lo que unía a la sociedad no era el saber que se vivía en un justo orden evolucionado a través de la historia (como lo tienen los franceses o los estadounidenses), y menos aún la idea de formar una unidad de sangre o cultural (como en su día defendían los alemanes o como postulaban los arielistas, que caracterizaron su América “latina” como arraigada en la latinidad clásica, o como José Vasconcelos, que veía en América forjarse una nueva raza “cósmica”), sino el espíritu de la resistencia común contra la injusticia y de la lucha unida para alcanzar mejoras y progreso. Consecuentemente y con-

forme a esta función, el México posrevolucionario institucionaliza su Revolución, convirtiéndola en un estado permanente. Las existencia de problemas no se oculta, pero el liderazgo político –y con él, toda la nación– lleva a cabo su eterna lucha revolucionaria para superarlas. Así, mediante la historia, se construye una utopía en la que se pueda fijar el deseo de unidad, de distinción y de mejora, si bien la puesta en práctica de estos postulados se sitúa en un futuro indefinido. De ahí lo práctico de tal ideología para los grupos en el poder.

A este desarrollo en América Latina se unió un interés internacional. En el contexto del surgimiento de los Estados nacionales y del capitalismo y de una aguda competencia internacional, en el mundo académico europeo se había empezado a explorar la naturaleza de las relaciones de poder. Fue Max Weber quien a inicios del siglo XX formuló algunas definiciones y categorías clásicas al respecto. Según él, toda forma de poder, independientemente de si funciona sólo de forma circunstancial o si se ha transformado en dominación formalizada, debe ser capaz de vencer la oposición. A largo plazo, la dominación depende del disciplinamiento de sus objetos, el cual posibilita que la obediencia sea pronta, automática y sin resistencia o contradicción. Por esto, además del uso de medios de fuerza, el poder siempre procura despertar la fe en su legitimidad. Sólo de esta manera se establece el consenso mínimo entre dominador y dominados, básico para que funcione cualquier dominación.<sup>1</sup> De modo similar pero desde una posición marxista, Antonio Gramsci ha señalado que para establecer y ejercer una forma de dominación no sólo es necesario el control sobre los medios de poder y de producción, sino también sobre el mundo simbólico, es decir, una clase dominante trata de controlar también la reproducción de una ideología que explique y legitime las relaciones sociales y de poder existentes; en palabras de Gramsci, quiere de esta manera establecer una hegemonía. Si una clase subalterna aprueba tal ideología, acepta también su subordinación. Ésta, a la larga, le parece incluso justa y como establecida en su propio bien. La represión exterior se convierte en una autorrepresión (Scott 1985: 307-314, 337), idea que se encuentra formulada de forma parecida, pero con una orientación ideológica diferente y centrada en el individuo y no en las relaciones de clase, por Norbert Elias, el cual vio en la creciente inte-

---

1 Weber (1976 [1922]: 28-29, 122, 681); compárese Breuer (1986: 46-47).

rriorización de normas reguladoras un signo central de la creación del individuo moderno, base del Estado nacional y del capitalismo (Elias <sup>22</sup>1998 [1937-1939], especialmente vol. 1).

Estas discusiones no se preocupaban de América Latina. Mas servirían para interpretar los fenómenos observados, cuando el interés europeo y angloamericano en el continente y las formas de resistencia que en él se daban fue despertado debido al desarrollo político. Especialmente en los años sesenta del siglo pasado, la Revolución cubana, las luchas de descolonización en África y la guerra del Vietnam desataron un verdadero *boom* en los estudios sobre los problemas, actuales e históricos, del llamado Tercer Mundo, sus enfrentamientos con las fuerzas coloniales e imperialistas, las estructuras sociales injustas, las formas políticas autoritarias, y todas las expresiones de resistencia que se daban. De esta suerte, se generalizó –y no sólo en círculos marxistas– una creciente crítica al sistema capitalista y al orden internacional, descrito mediante las categorías del imperialismo y de la teoría de la dependencia. América Latina ocupaba en este debate un lugar predominante, al que contribuían de la misma manera la celebridad que habían alcanzado fenómenos como la revolución en Cuba y la guerrilla, así como el alto nivel de las ciencias sociales en muchos países y la infraestructura académica avanzada. Sobre todo la CEPAL, la Comisión Económica para América Latina de la ONU, fundada en 1948, y su primer director, Raúl Prebisch, habían ganado reputación internacional con su interpretación de la situación económica de América Latina como periferia del desarrollo capitalista y con sus programas prácticos de industrialización (Prebisch 1950; Senghaas 1974; Devés Valdés 2000: 291-303). Además, debido al interés nacionalista por construir una historia nacional, ya había en muchas ciudades latinoamericanas institutos de investigación y archivos eficientemente organizados que estaban al servicio de los investigadores que venían de visita del Primer Mundo.

Estos desarrollos ayudaron a perfilar una pronunciada conciencia de los desajustes políticos, sociales y económicos, tanto a nivel nacional como internacional. En ese nuevo momento, las formas de resistencia tanto dentro de las sociedades latinoamericanas como de los países periféricos contra el centro del sistema capitalista no sólo se vieron como justificadas, sino incluso necesarias para superar las negligencias del pasado y alcanzar la unidad nacional y el progreso. Por

consiguiente, una parte importante de la investigación se dirigía a ellas. Los éxitos de las políticas de industrialización bajo el signo del cepalismo, en los años cincuenta y sesenta, al menos en los países más grandes, facilitaban a las élites latinoamericanas, que finalmente se veían en la puerta de la modernidad, asumir como elemento identitario con cierto orgullo su posición marginada frente a los centros del capitalismo. La identidad periférica misma se convirtió en categoría de resistencia. El Tercer Mundo –y con él, América Latina– estaba por naturaleza enfrentado al Primer Mundo, así al menos lo querían ver algunos, inclusive varios gobiernos como el de Luis Echeverría en los años setenta del último siglo en México o el régimen de Fidel Castro en Cuba hasta hoy día (Castro 1985; Bieber 1988/89). Tal postura tenía su contraparte dentro de las sociedades nacionales, donde, al menos en cuanto a los miembros de las clases bajas, el aferrarse a una identidad cultural particular se calificó como repulsa al Estado capitalista. La llamada cultura nacional, al contrario, fue vista, por un lado, como producto de un colonialismo e imperialismo nefastos y, por otro, como recurso para imponer un poder injusto en contra de la resistencia permanente de las clases bajas y grupos étnicos autóctonos marginales, portadores de la llamada cultura popular. De esta forma, el conflicto de clases no sólo fue visto como disputa por los medios de producción o por los recursos del poder, sino también por la identidad cultural, lingüística y étnica.<sup>2</sup>

Este panorama empezó a cambiar radicalmente poco después y, por consiguiente, también el modo de ver e interpretar el mundo actual y su historia. El derrumbe del socialismo real provocó un abrupto abandono del análisis marxista y de las utopías profesadas con anterioridad. En América Latina, mientras tanto, la crisis del cepalismo y el retraso con el que se habían realizado reformas políticas y sociales habían desembocado en la crisis de la deuda y en una serie de golpes de Estado a partir de los años setenta del siglo XX. El fin de la guerra fría, a la postre, fue acompañado por un proceso de democratización de la mano con el ascenso de la ideología neoliberal. Las reformas neoliberales intentan enfrentar los retos de la bancarrota de los Estados y de la globalización mediante la privatización, la desregulación

---

2 Una expresión de la perseverancia de tales ideales la tenemos en la COCEI y su discurso étnico-zapoteco, tratado en el presente volumen por Stephan Scheuzger.

de la economía y la apertura de los mercados, definiendo a la vez como pertenecientes a una ideología fallida, arcaica o nostálgica a todos los postulados y categorías que veían con recelo cambios de este tipo. Las sustituyen por el mito del mercado autorregulador que basado en la iniciativa innovadora del empresariado, por su propia dinámica, lleva al progreso material, a la democratización y la justicia social, siempre cuando se le deje obrar libremente. La historia de los malos capitalistas e imperialistas y los buenos pobres y explotados ha sido sustituida por la de los modernizadores, ahora legitimados democráticamente, y sus obstrutores. En esta visión del mundo sólo se ha atribuido un lugar a los que son llamados víctimas de la modernización, categoría en la que cabe la compasión, pero que deja claro que estamos tratando con sacrificios inevitables, pues ¿quién, salvo un reaccionario, se va a oponer a la modernidad? Así, los malos y buenos, en medio de un ruido discursivo tremendo y en parte feo, han cambiado posiciones, y parece que hemos regresados al siglo XIX, cuando de la misma manera se aceptaron los daños colaterales como parte integral del progreso evolutivo. Los neoliberales ven en la flexibilización de las relaciones económicas la solución para los problemas existentes y prometen la mejora, a semejanza de los políticos de la revolución institucional, para un futuro seguro, pero lejano. En este marco, casi todas las formas de resistencia colectiva que no tienen como objetivo la conquista de los derechos civiles, como la libertad del voto o de la prensa (los cuales de todas formas, al menos oficialmente, ya son promovidos por la democratización), son consideradas, por obstaculizar los movimientos de los mercados, como atascos en el avance del progreso y no como sus catalizadores, como se pensaba en los tiempos de las luchas de clases y de las revoluciones.

En este contexto se han postrado sensiblemente los estudios de los conflictos sociales en América Latina, sobre todo de sus causas económicas. A raíz del desprestigio en que quedaron las categorías de análisis marxistas después de la caída del socialismo real, algunos nostálgicos –y otros románticos– se han refugiado, depurando su lenguaje de los ingredientes de militancia social, en lo étnico-cultural, donde han encontrado su campo de batalla. Los neozapatistas del poeta y subcomandante Marcos sin duda deben a esto gran parte de su popularidad internacional. En el mundo académico, ciencias como la sociología o la historia social, que reclamaron la vanguardia intelec-

tual durante algunas décadas, ahora se encuentran a la defensiva frente a nuevas corrientes, como el postestructuralismo, el postmodernismo, la historia cotidiana o la microhistoria, en un paisaje científico que se ha vuelto tan pluralista o pluralizado que puede causar confusión. Los temas de moda hoy se sitúan en el ámbito de la cultura, los fenómenos de hibridización, la modernidad o las múltiples modernidades. Ciertamente, esto no excluye un enfoque social, el cual tampoco se ha abandonado del todo. Más bien ha cambiado de forma. De la lucha de clase y del papel del Estado el interés se ha trasladado a la sociedad civil, también como expresión de la progresiva privatización de los esfuerzos para el logro de mejoras sociales, del análisis de las diferencias materiales al estudio de estrategias y símbolos recurridos en las relaciones de poder. Esto debe sorprender porque al mismo tiempo vivimos en un mundo cada vez más gobernado por los intereses económicos y donde los movimientos de la bolsa ocupan un lugar privilegiado y cada vez más amplio en todos los medios.

Este libro, por lo tanto, se hace en un momento difícil, pero talvez apropiado para revisar los modos de enfocar, desde diversas disciplinas, un tema que parece esencial para el análisis de las dinámicas sociales, aunque ha dejado de estar en el centro de atención. Al menos, los editores pensamos que la historia no ha terminado y que las desigualdades materiales, culturales y de interés siguen existiendo y produciendo desequilibrios fuertes entre los diferentes actores sociales.

Una de las ventajas que ofrece la temática de este libro es que, para analizar las relaciones sociales desde cualquier perspectiva, los conflictos y los enfrentamientos son esencialmente sugestivos. En su transcurso se hacen escuchar múltiples voces y se produce una gran variedad de testimonios. Obligan a los actores sociales a quitarse sus máscaras discursivas, a hacer uso de los recursos de poder a su disposición, tanto de represión como de convicción, y a desarrollar nuevos discursos y símbolos (o adaptar los viejos) para legitimar su proceder. De esta suerte, las relaciones de poder revelan su dimensión práctica mostrándose como una interacción entre partes, las cuales no suelen disponer de las mismas armas y por lo tanto hacen uso de diferentes estrategias. La resistencia no sólo es una fuerza reactiva al poder, sino que también encierra su propio protagonismo en el proceso histórico, en el que participa con sus deseos, objetivos y utopías. Las relaciones de poder tampoco implican un rígido antagonismo, sino que conviene



situarlas en un campo en que interactúan las más diversas fuerzas para imponer, cuestionar o combatir el poder con medios materiales, discursivos y simbólicos, manifestándose a la vez contradicciones, tanto entre los dominantes como entre los dominados. Esta interacción nunca termina, pues ninguna victoria alcanzada es para siempre ni completa, y una vez terminadas las peleas declaradas, el forcejeo sigue de forma más embozada, valiéndose de variados subterfugios para evitar el conflicto abierto. En un tejido de oposiciones y alianzas, las relaciones de poder se reconstituyen permanentemente. El poder se presenta así menos como una estructura que como un proceso permanente de enfrentamientos, adaptaciones y negociaciones, cuyos resultados en seguida se impugnan, aunque sea sólo silenciosamente. Finalmente las prácticas en que se manifiestan las relaciones de poder y resistencia pueden convertirse en estructuras institucionalizadas y en códigos culturales que reglan el contacto y la comunicación entre grupos, clases y culturas (Watanabe 1999) y afianzan valores en que se fundan la legitimación y los recursos tanto de la dominación como de la resistencia.

La riqueza de fuentes e información que presta el estudio de los conflictos, junto con la percepción generalizada del poder como algo represivo y agravante, no debe, sin embargo, seducir a considerar las relaciones de poder exclusivamente como espacio de opresión y enfrentamientos. El poder no sólo es fuente de conflictos, sino que también es una fuerza integradora (y como tal muchas veces ya no suele ser percibida como poder), ni siquiera está siempre impuesta, sino que sus estructuras se crean o se buscan con frecuencia voluntariamente y en consenso con los subordinados, hasta por su propia iniciativa. En situaciones de disputa abierta, los contrincantes, además de usar todas las estrategias de poder muy claras, con frecuencia apelan a poderes externos para que pongan el orden deseado. No sólo hay resistencia contra el poder, sino también una necesidad, y hasta un ansia o un anhelo de su existencia. Si falta un poder efectivo, esto no necesariamente significa una disminución de la represión, sino que produce fenómenos extremadamente explosivos y disgregadores. Ejemplos de la historia reciente de América Latina no faltarían.<sup>3</sup>

---

3 Véase, p.e., el texto sobre Sendero Luminoso de Ulrich Mücke en este libro.

No es necesario repetir aquí lo que los autores de este volumen dirán con más detalles y con diferentes matices en las páginas que siguen. Pero se pueden señalar varios temas que se perfilan como centrales al revisar los textos.

Primeramente, casi todos los textos revelan el carácter ambiguo –o multivectorial como diría Stephan **Scheuzger**– de las relaciones de poder. Con frecuencia, o probablemente por lo general, el enfrentamiento entre poder y resistencia no se realiza en una sola línea de combate, sino en múltiples lugares y niveles. Un remedio para ordenar esta complejidad irritante (y talvez el único practicable) lo ofrece Friedrich **Katz**, quien demuestra que el análisis de un movimiento como la Revolución mexicana a través de los clásicos conceptos de las teorías de la revolución y un discernimiento sagaz de los intereses involucrados no está agotado, siempre y cuando se pueda recurrir a una sólida base empírica fundada en un profundo conocimiento de las fuentes. Pero sobre todo, si se quiere indagar en las prácticas de las relaciones sociales y las estrategias empleadas, se plantean nuevas preguntas y hay que proceder de otras formas, aunque todavía no quede del todo claro a dónde nos lleven.

A veces es difícil distinguir con certeza entre poder y resistencia. Casi todos los actores sociales sufren y ejercen poder a la vez. Así, Ingrid **Kummels** demuestra cómo el mantener en secreto las prácticas de curación por parte de los curanderos rarámuris los amparó de la persecución por parte de las autoridades estatales y eclesiásticas desde la época colonial y, hoy en día, de posibles ataques de la medicina académica. Pero al prevenir que gente no autorizada adquiriera los recelados conocimientos, el secreto también sirve para mantener un monopolio de interpretación de los asuntos religiosos y de salud, tan estrechamente unidos en las sociedades tradicionales, y a reproducir el estatus de los curanderos y la jerarquía interna de la sociedad rarámuri. De esta forma, la presión desde afuera afecta y amenaza a las jerarquías entre los rarámuris, pero al mismo tiempo les presta un argumento para fortalecerse, dado que justifica y legitima el secreto. Además, puede aumentar el prestigio de los atacados (o de las prácticas perseguidas) y crear sistemas de solidaridad en los que se funda una posición social particular y elevada.

Respecto a los grupos feministas en la ciudad de México, Miriam **Lang** muestra cómo en la medida que se convierten en organizaciones

estables experimentan también una progresiva jerarquización que reproduce las diferencias sociales existentes. Al final, las mujeres de clase media y alta toman el liderazgo sobre las mujeres que en la vida cotidiana también son sus subalternas y criadas. Ahora bien, cabría la pregunta de si estas mujeres lidian (o han lidiado en un momento) por los intereses de su género o si no (o si no al mismo tiempo) buscan mejorar su posición dentro de su clase, construyéndose un grupo de apoyo y una base legitimadora (las mujeres en búsqueda de su emancipación), pero sin tocar las jerarquías establecidas, un poco como las naciones del siglo XIX, creadas en supuesta comunidad, servían a los intereses de sus líderes. Ciertamente, tales procesos producen su propia mecánica emancipadora, y tarde o temprano tanto los soldados de la patria como las sirvientas reclaman que se les cumplan las grandes promesas hechas en su movilización. De esta forma, la resistencia contribuye a crear o fortalecer relaciones de poder y no sólo a destruirlas, como ingenuamente se podría creer, aunque sea produciendo un mayor grado de apertura y equidad. Las consecuencias de las estrategias empleadas a largo plazo puede que sean bien distintas de las inmediatas.

En la misma dinámica están inscritos los movimientos revolucionarios, lo que Ute **Schüren** analiza para el caso de la reforma agraria cardenista, punto culminante de la Revolución mexicana, en Campeche. El reparto de tierra era casi desde el principio un mecanismo impuesto más que nada desde arriba para fortalecer el poder central de las nuevas élites revolucionarias, aunque el precio fuera reforzar también “la posición de los campesinos y obreros en las relaciones locales de poder. [...] Irónicamente, las estructuras políticas creadas por Lázaro Cárdenas para llevar adelante el agrarismo terminaron siendo utilizadas para proteger las políticas anticampesinas de sus sucesores”. Similares pretensiones se perseguían por la vía de la resistencia y mediante las más heterogéneas alianzas durante el ocaso y derrumbe del régimen colonial. Un sector dominante, en contra de potenciales competidores, puede animar y fomentar procesos de resistencia; la resistencia se puede aliar con algún grupo de poder. Así, por ejemplo, en el corregimiento de Carangas, en el Alto Perú, según Concepción **Gavira Márquez**, a finales del siglo XVIII el orden establecido fue amenazado por las reformas borbónicas promovidas por la metrópoli española, lo que provocó un serio descontento entre las élites regionales.

Pero al mismo tiempo esta política favoreció a las clases bajas de la provincia que vivían en una permanente presión por parte de estas élites. La posterior guerra por la independencia lanzada por el sector criollo tenía un fuerte ingrediente conservador, porque no sólo se luchó para librarse del dominio colonial, sino también para asegurar sus privilegios. Conforme a esto, Nikolaus **Böttcher** relata el movimiento independista como un pleito dentro de las capas altas de la sociedad colonial. Sobre todo los comerciantes y terrateniente que lograban organizarse en nuevos consulados, batallaban por redefinir su posición frente a la metrópoli. Pero su lucha al final no tenía el efecto “libertador” propagado, siendo España reemplazada por los poderes extranjeros, sobre todo por los británicos, quienes supieron transformar los movimientos de independencia en su provecho.

Un caso extremo de la instrumentalización de las fuerzas de resistencia lo relata Wolfgang **Gabbert**. En la guerra de Castas de Yucatán los líderes locales organizaron la “resistencia”, es decir los asaltos a los mexicanos vecinos, para justificarse en el poder, pues como no disponían de una base económica firme tenían que dar una función y una razón a sus pretensiones de liderazgo. La resistencia en este sentido se presenta como un verdadero contrapoder, basado en una organización jerarquizada, con sus propios intereses y objetivos. El trabajo de Ulrich **Mücke** finalmente relativiza el concepto de la resistencia aún más. Estudia a Sendero Luminoso, movimiento guerrillero peruano. La guerrilla es una de las formas de resistencia de izquierda legendarias de América Latina, pero en su caso, según **Mücke**, no se da el poder fuerte y represivo al que enfrentarse. Sendero Luminoso más bien atacaba a un Estado débil y ausente en la cotidianidad, penetrando un *vacuum* de poder. No era por lo tanto un movimiento de resistencia, aunque así lo alegara, sino más bien una organización agresiva que guerreaba con una brutalidad indiscriminada para erigir su propio poderío y dominio sobre una sociedad prácticamente abandonada por el poder estatal.

Otro matiz presenta el texto de Martha **Zapata Galindo**, que trata de los intelectuales en el México posrevolucionario. Ellos, bajo el régimen del Partido Revolucionario Institucional, dependían de los ingresos que el gobierno les proporcionaba debido al control estatal de los medios de comunicación. Aunque, al menos, desde los años sesenta los intelectuales criticaban cada vez más al Estado que no practica-

ba los ideales que predicaba, aportaron un sostén a la clase gobernante, reforzando su ideología legitimadora, y esto incluso cuando la atacaban directamente. Pues, a una clase política a la que gustaba ondear la bandera de apertura y democracia le servía como legitimación permitir que se le censurara a veces, sobre todo si las críticas eran más bien generales, abstractas o utópicas. Sólo poco a poco la intelectualidad mexicana ganó más autonomía, en la medida en que en los últimos años se ha pluralizado la llamada sociedad civil y que nacieron medios de comunicación y difusión independientes del control estatal.

Pero aun así sigue siendo cuestionable el carácter de resistencia de este proceder. Como grupo, los intelectuales en todo el Occidente desde los tiempos de la Ilustración se han definido a sí mismos por su espíritu libre y crítico. Para reproducir la razón de ser de su existencia, los intelectuales mexicanos se veían en la delicada situación de tener que morder de vez en cuando la mano que les nutría. Pero no puede sorprender que, salvo loables excepciones, calculaban bien las veces que criticaban, o bien atacaban donde al PRI no le dolía mucho, por ejemplo, a los conquistadores españoles muertos hace 500 años, a la Iglesia católica o a los imperialistas extranjeros. Finalmente debe ponerse completamente en duda si una resistencia intelectual libre a la larga es posible, mientras esta resistencia sea también el medio de ganarse la vida y se convierta en mercancía. Para esto no hace mucha diferencia que el pago y la difusión, es decir la venta del producto “resistencia”, dependa del PRI o de un llamado mercado libre.

Así, la resistencia de los intelectuales es, al menos en parte, un discurso autolegitimador. Pero este discurso siempre puede convertirse en argumento de lucha si es retomado por otros actores sociales. Esto señala la compleja relación entre discursos y prácticas. Los discursos del poder y de la resistencia y el poder y la resistencia como discurso son temas constantemente abordados a lo largo del presente libro. Así, Dawid Danilo **Bartelt** muestra el carácter discursivo de todo análisis histórico, sociológico o antropológico y la fuerza que adquiere tal discurso para formar la práctica. En su texto describe cómo la interpretación de un conflicto concreto, sumamente sangriento, emprendido a finales del siglo XIX por el gobierno republicano y liberal del Brasil para someter la reacción “bárbara” del *hinterland* de Bahía, cambia a través del tiempo e incluso se invierte para convertirse en un mito nacional, el del pecado originario de la nación brasileña,

que se intenta utilizar tanto para fortalecer el poder como para atacarlo. Así, poder y resistencia, en su nivel discursivo, de esta forma se convierten también en elementos de identidad, desde los cuales las relaciones de poder se argumentan y enfrentan, pero también se enmascaran.

Aunque los otros textos aquí reunidos no lo tematizan siempre, esta faceta discursiva es inherente a muchos de ellos. Así, por ejemplo, la Revolución mexicana, tratada aquí por Friedrich **Katz** desde otro aspecto, durante casi todo el siglo XX constituyó el mito de fundación del México moderno por excelencia, y lo sigue siendo para gran parte de la población, a pesar de que las clases políticas neoliberales se sientan un poco avergonzadas de ello. También las riñas entre vascongados y vascos (tratadas por Bernd **Hausberger**), como toda la historia de los vascos en el Nuevo Mundo, sirven hoy en día para fortalecer la identidad vasca, dándole historia y duración, demostrando la supuesta conflictividad que ha vivido su nación ya desde antes en el mundo español, y un episodio del siglo XVII adquiere de esta forma una actualidad política inesperada. No hace falta mencionar en detalle los discursos políticos que instrumentalizan los temas más actuales, como el comportamiento de Estados Unidos frente a América Latina (véase el texto de Thomas **Fischer**), la historia de género (Miriam **Lang**), el posicionamiento de los intelectuales (Martha **Zapata**), el racismo y la lucha antirracista (Sérgio **Costa**) o las atrocidades de Sendero Luminoso (Ulrich **Mücke**), y naturalmente las guerras de independencia (Concepción **Gavira Márquez** y Nikolaus **Böttcher**). En la investigación sobre América Latina tal vez el trato que reciben las relaciones de poder se haya ideologizado especialmente y cargado de emoción, debido a la experiencia colonial y los arduos debates sobre imperialismo, dependencia, neoliberalismo y globalización.<sup>4</sup> Pero de una u otra manera, toda producción científica e intelectual está compenetrada con la historia de permanente construcción y desconstrucción de discursos que expliquen la realidad social y puedan legitimar tanto la situación existente como la oposición a las vigentes relaciones de poder y el planteamiento de cambios.

Las relaciones y los conflictos de poder, o la historia y la realidad social en general, por lo tanto, son materia prima para la creación de

---

4 Véanse p.e. Oliva de Coll (1974), Bourgeault et al. (1992) o Gabriel (1997).

discursos, los que después se usan como argumento y arma en otros contextos y circunstancias. El tema de Amos **Megged** es la recreación que hicieron los naturales del valle de Toluca, después de la conquista española, de su pasado frente a la justicia colonial para redefinir su lugar en las nuevas circunstancias, única forma para darle continuidad a su existencia colectiva, en reyerta permanente tanto con los españoles como con sus vecinos indígenas. De esta manera, la memoria de los conflictos del pasado se reproduce y, adaptándose a las necesidades del momento, se transforma en argumento en las relaciones de poder actuales.

Las palabras y símbolos pueden a veces quedarse como único y último recurso en relaciones de poder muy desiguales. En el ámbito internacional, Thomas **Fischer** describe la oposición latinoamericana frente al intervencionismo de Estados Unidos, después de la invasión yanqui de Nicaragua en 1926, sobre todo como controversia discursiva. Tenía un alto contenido moral y contaba con un héroe, Augusto César Sandino, que tuvo suficiente fuerza simbólica para darle nombre a un movimiento revolucionario 50 años después, y que a la vez se encontraba inmerso en una tradición política cuyo primer portavoz reconocido había sido José Martí unos 35 años antes. El auténtico Sandino había luchado para liberar a Nicaragua del predominio estadounidense y también para mejorar la situación de vida dentro de su país, pero, como dice Fischer “queda como irónico el hecho de que si bien el sandinismo sirvió a las élites latinoamericanas para alcanzar progresos en cuanto a la defensa de sus intereses hacia afuera, no dio buenos resultados en cuanto a la mejor representación de las clases bajas en la política interna”.

Un tema que se puede señalar por separado en este contexto, porque se observa una marcada tendencia a tratarlo sobre todo como fenómeno discursivo, es la etnicidad. Bernd **Hausberger** intenta demostrar cómo un conflicto adquiere un discurso cada vez más étnico, pero indagando se descubren motivos mucho más materiales, conflictos de clase, para quedarse en la terminología más tradicional, o competencias entre grupos de interés o redes que se forman por las coyunturas del momento. Wolfgang **Gabbert** trata de lo étnico en el contexto de la guerra de Castas en Yucatán y tampoco ve en él el motivo último del conflicto. A través de la historia de la COCEI, un movimiento de resistencia y emancipación supuestamente étnico-zapoteco en el sur de

México, Stephan **Scheuzger** analiza cómo lo étnico se reinterpreta socialmente, como “una cultura del sector desprivilegiado y explotado”, inscribiéndose de esta forma en una corriente de investigación académica vigente, por lo menos, desde los años sesenta. Sus seguidores vieron el surgimiento de la COCEI con mucho interés y, a veces, con una mirada casi romántica. Esto se reforzaba aún más por la circunstancia de que en el istmo de Tehuantepec la mujer zapoteca tradicionalmente ha desempeñado un papel social destacado y no faltaron los que veían allí un vestigio del matriarcado. Así, la lucha de la COCEI no sólo podía inscribirse como un movimiento de resistencia campesina e indígena sino también de género, lo que sin duda ha fomentado decididamente su popularidad en los Estados Unidos y en Europa. Pero, como demuestra **Scheuzger**, en vez de una campaña por la conservación de los “valores esencialistas” de una cultura y una identidad marginadas, estamos frente a una compleja secuela de negociaciones de poder entre fuerzas regionales y el gobierno nacional en que la COCEI se refuerza y legitima mediante discursos de resistencia y construcciones identitarias.

En las tres aportaciones no hay lugar para ningún etnorromanticismo. No obstante, siempre parece oportuno no perder de vista que los discursos no lo son todo. No cabe duda que el disciplinamiento, la represión y la resistencia se realizan también en lo cultural y a lo largo de fronteras étnicas, y a veces un poder central se torna extremadamente hostil frente a culturas particulares. En este nivel, Claudia **Haake** ubica la guerra de los yaquis contra el gobierno mexicano porfirista. Su identidad étnica servía como punto de cristalización de la resistencia y, por consiguiente, también del ataque de parte del gobierno. Sin embargo, hay que insistir en que la identificación entre etnicidad (o identidad particular) y resistencia no es automática. La etnicidad se desarrolla en contextos muy distintos y puede ser también un mecanismo impulsado por el poder mismo, para crear un sistema de dominación en el que las divisiones económicas y sociales son aseguradas y fortalecidas también por diferencias culturales. Esto ha sido analizado, ya hace algún tiempo, por Michael Hechter (1975) en cuanto a las identidades periféricas en las islas británicas conservadas bajo el dominio inglés hasta hoy en día. Este modelo de la “división cultural de trabajo” (*cultural division of labour*) parece aplicable a la creación de



la sociedad de castas de la Hispanoamérica colonial y, por lo tanto, a la formación y conservación de la nación yaqui misma.

En las relaciones de poder no sólo se compite por los accesos a los factores productivos (tierra, capital, trabajo) y las instituciones políticas (Estado), sino que se pelea por la validez de los discursos para ganar el control o la hegemonía sobre el sistema de legitimación y de explicación de la realidad cotidiana y sus contradicciones. No sólo observando la política actual queda patente que en este campo está en ventaja el que mejor controla los imaginarios y los aparatos ideológicos como escuelas, universidades y medios de comunicación (Gruzinski 1988). En esta lucha se definen también lo “justo” y lo “justificado” y se evalúa a los grupos involucrados en la interacción con el poder, sus objetivos y sus recursos. Los vicuñas, por ejemplo, hoy en día no cabe duda que serían denominados terroristas en el lenguaje oficial, al igual que la gente de Hamás o de ETA. Esto nos llevaría a preguntas presuntamente filosóficas, pero finalmente contestadas por la política, es decir, dentro del ámbito del poder, sobre quién tiene el derecho para resistir y qué medios son los lícitos para ello. La resistencia abierta contra un orden establecido en leyes casi necesariamente se puede hacer sólo por medios no oficiales y, por lo tanto, ilegales. De ahí la criminalización de la resistencia. Además, el poder elige las armas y reclama el monopolio para valerse de la fuerza. Para los españoles de la época colonial formaba parte de la guerra regular disparar a los indígenas con arcabuces, pero se les demonizaba si éstos respondían con flechas envenenadas; hay Estados que con todo derecho tienen y producen armas de destrucción masiva y a todos los otros esto les está prohibido por arreglos internacionales. No cabe duda que tal defensa del *status quo* —o como dijimos más arriba, del poder— tiene una función estabilizadora, evita riesgos incalculables y, por lo tanto, es más segura que una libre carrera de armas, que reclama los mismos derechos para todos.

Ciertamente, en el campo de los discursos no hay verdad objetiva, y tampoco los discursos de la resistencia son más “verdaderos” que los discursos del poder. Esto puede concluirse del estudio de Sérgio **Costa** sobre los “antirracismos” en Brasil. La lucha antirracista sigue siendo una tarea fundamental, aunque sumamente complicada y debatida en cuanto a sus objetivos y los medios apropiados para alcanzarlos, para contrarrestar el particularismo del orden social en vías a una

sociedad que esté gobernada por normas y valores válidos para todos sus integrantes, como dice el autor. Pero los planteamientos que desarrolla este esfuerzo son correctos sólo y exclusivamente en un contexto de supuestos teóricos y de valores y objetivos aceptados, pero que pueden cambiar en el tiempo (y también se lucha para cambiarlos). Así, el funcionamiento de una sociedad, inclusive el ejercicio del poder, con todas sus normas y la obediencia, se arraiga en el sistema de valores y con esto en la cultura, y en el mismo margen se mueve también la resistencia. En el altercado, por lo tanto, se debaten los valores y sus interpretaciones, diferentes dentro de una misma cultura, entre diferentes culturas o entre culturas oficiales y contraculturas.

En lo que queremos insistir es que tampoco en el nivel discursivo, de la misma forma como ya lo hemos señalado respecto a los hechos, la distinción entre las pretensiones del poder y la resistencia resulta fácil, y esto por varias razones. En primer lugar, la defensa siempre ha tenido mejor reputación que el ataque. Por lo tanto el poder tiende a definir su ejercicio como resistencia. Es decir, si los tepehuanes se levantan contra los españoles dicen querer expulsar a los invasores ilegítimos, mientras que éstos reclaman que sus campañas militares son acciones de defensa contra una agresión al justo orden; para valorar tal argumentación, hay que recordar que a los españoles incluso les fue oficialmente prohibida por Felipe II cualquier guerra ofensiva en las Indias (lo que, claro está, nunca impedía que de ellos partiera la agresión). Este esfuerzo de esconderse tras la legitimación de la autodefensa parece una constante que pasa por toda la historia, de la cual los lectores tendrán en mente ejemplos tanto pasados como muy actuales; y otra constante es que nunca cesan las disputas por encontrar los criterios objetivos para dilucidar de forma clara al atacante del defensor, o entre estrategias propagandísticas y valores auténticos.

Además, aunque tanto el poder como la resistencia desarrollan su lenguaje de propaganda y de legitimación, en la práctica se nota que los dos discursos, y sus símbolos, entran en diálogo y se mezclan constantemente. Aunque cada parte se defiende con sus propios argumentos, con regularidad se recurre a los del adversario, pues los contrincantes no sólo quieren legitimarse frente a sí mismos, sino que intentan además justificarse ante la contraparte y al mismo tiempo deslegitimarla. Para esto hay que argumentar en los términos de los argumentos y valores de los otros. Una legitimidad aceptable para

todos debe encontrarse fundada, al menos en parte, también en el contradiscurso de los dominados. Sólo así un sistema de dominación puede contar con un mínimo consenso que facilite el disciplinamiento y la obediencia. Esto se ilustra con el caso de los encomenderos de Trujillo, descrito por Karoline **Noack**, una clase dominante relativamente nueva y sacudida por sangrientas guerras internas. Recurrían a un discurso que los arraigó en la historia, tanto en la vieja nobleza española como en las estructuras de dominación incaicas, utilizando los símbolos del poder de las dos tradiciones a la vez, “para encontrar un lugar social conocido dentro de un ambiente histórico confuso, nuevo y extraño, donde pensaban cumplir sus aspiraciones que habían motivado su aventura peruana”, como dice la autora. Pero también los indígenas aprenden pronto a usar los argumentos y símbolos españoles para sus intereses, como muestra el mismo estudio o el texto de Amos **Megged**.

Según Peter **Fleer**, el recurrir tan intensamente a medios discursivos y la fuerte inversión en el aparato ideológico se debe en última instancia a un problema de costo. El mantenimiento de una relación de dominación basada en la legitimidad siempre es más barato que asegurarlo por la represión. **Fleer** desarrolla un esquema para medir la relación entre represión e ideología, e intenta demostrar por qué una sociedad como la guatemalteca es tan represiva, a pesar del alto costo que esto trae consigo, partiendo de un detallado análisis de los grupos sociales, sus intereses, valores y culturas y los respectivos recursos de que disponen para la contienda social y política. Pero para los grupos dominados y subalternos la situación no es fundamentalmente distinta, siendo la resistencia abierta (la contraparte de la represión abierta) siempre más difícil, arriesgada y cara que sus formas encubiertas y disfrazadas. Así, los portadores de la resistencia con frecuencia presentan sus pretensiones en el marco de la legitimidad oficial y, en vez de retar al poder directamente, tratan de atacarlo con su propio discurso, reinterpretándolo en algunos detalles o tomándolo simplemente al pie de la letra, pidiendo el respeto a los valores predicados y el cumplimiento de las leyes que se han hecho en el pasado.

En conflicto abierto, el uso del lenguaje del poder por los dominados puede cambiar, sin embargo, de índole. Ahora los rebeldes del orden lo retoman para burlarse de él y para destruir las estructuras dominantes en todos sus niveles, matando a las personas, robando o

quemando sus recursos y demoliendo sus símbolos, como describe Christophe **Giudicelli** en cuanto al levantamiento de los indios tepehuanes a comienzos del siglo XVII. Eventos como éste demuestran que la acomodación de grupos dominados a las categorías discursivas implantadas por el poder no es prueba de una hegemonía funcional en el sentido de Gramsci, basada en una “conciencia falsa”. Los tepehuanes comprendían bien que las palabras de los españoles eran un medio de dominación y, cuando vieron llegada su hora, atacaron los discursos con vehemencia. Si esto es siempre el caso o si la hegemonía puede funcionar en otras situaciones, ciertamente queda abierto.

De hecho, los límites del poder se manifiestan raramente en erupciones de resistencia abierta y represión descarada; normalmente la interacción adopta la forma de condiciones estructurales que no se reconocen como recursos y estrategias de las relaciones de poder a primera vista. En parte se presentan como pertenecientes a la cultura y a la mentalidad. De ahí ha surgido la discusión sobre cómo valorar e interpretar estas formas cotidianas en que se manejan las relaciones de poder, que Hermes **Tovar Pinzón** ha intentado resumir en su texto sobre “la construcción del mundo colonial [...] mediante el enfrentamiento de estrategias de dominación en los diversos campos de la vida cotidiana”.

En cuanto al poder se podría destacar el debate sobre el disciplinamiento social a partir del redescubrimiento de los estudios de Norbert Elias y la aparición de las obras de Michel Foucault en los años setenta. Sandra **Carreras** ha tratado un tema casi clásico en la investigación del disciplinamiento: las políticas de salud. Así, nos recuerda que, además de la represión y de la guerra propagandística, el poder también dispone de medios “cotidianos” de socialización para producir cuerpos dóciles, como dijo en su día Foucault (<sup>11</sup>1995 [1975]: 380), a través del dominio sobre la biología del cuerpo (la salud, la sexualidad, el parto); y ya con anterioridad Norbert Elias había descrito cómo las reglas de los modales de tomar la comida o de dónde escupir contribuyeron al control cada vez más completo de las emociones naturales del ser humano, hasta alcanzar su interiorización y así una obediencia automática a muchas exigencias de la vida moderna. Tanto Elias y aún más pronunciadamente Foucault despersonalizaban el

poder que impulsa estos fenómenos.<sup>5</sup> El disciplinamiento no es obra de ninguna persona, clase o institución en especial, sino que constituye un proceso en el que participa todo el sistema social para crear los individuos que necesita. Sandra **Carreras** demuestra los logros de esta política en los centros urbanos (mientras que el texto de Ingrid **Kummels**, ya referido más arriba, da indicios de sus límites frente a las culturas indígenas).

No menos se ha escrito sobre la naturaleza de las formas cotidianas de resistencia, sobre todo a raíz de las sugestivas obras de James C. Scott (1985; 1990). Scott pudo descubrir formas y prácticas de resistencia comparando los discursos de las clases subalternas expresados en público, es decir a los ojos del poder, y los que se profesan cuando están entre sí, sintiéndose no observados o cuando se sienten suficientemente fuertes para hacerlo, como lo describe el texto ya referido de Christophe **Giudicelli** para el caso de una rebelión. A Scott se le ha criticado por ver, de forma demasiado generalizada, en la acomodación a la ideología de las clases dominantes una táctica consciente de las clases subalternas para subvertir los planes del poder. Así, la distinción entre estrategias políticas y comportamientos anclados en la cultura y en la mentalidad sigue siendo un tema controvertido. Scott (1985: 327) mismo advierte que una actitud simulada y practicada durante un largo tiempo, también un discurso denigrante oficialmente aceptado, empieza a penetrar los valores, la cultura, la mentalidad o el hábito. La sumisión puede convertirse en código de la *procedural culture*, como John M. Watanabe (1999) llama al sistema cultural de interacción entre dos grupos desiguales, y al negro o al indio finalmente les disgustan su color y sus rasgos y llegan a creerse que al menos en parte se merecen el desprecio que reciben. Fenómenos de esta naturaleza, sin embargo, se presentan al estudiar las relaciones de poder en general. También la resistencia abierta se puede convertir en una “cultura de violencia”, perdiéndose la conciencia de los objetivos originales de la lucha. Lo mismo se puede observar de lado del poder. En relaciones de pareja violentas, los golpes a la mujer pueden parecer lo más normal a los portadores de un sistema de valores dado. No todos los poderosos son cínicos e hipócritas, aunque lo sean muchas veces, y con frecuencia creen en la justicia de sus me-

---

5 Véanse Brieler (1998) o Schwerthoff (1998).

dios, y muchos comportamientos los practican con cierto automatismo inconsciente como consecuencia de un proceso de socialización. Finalmente hay momentos en que las clases dominantes, en consecuencia de un persistente discurso subversivo, caen en profundas dudas sobre su rango o sobre la justicia del sistema social, inequívoca señal de crisis del orden establecido.

Así, los recursos de interacción en el campo de las relaciones de poder participan en la formación y construcción de la conciencia y la identidad de los actores sociales. Esto levanta serias dudas sobre la factibilidad de un cambio político de una situación de dominación. ¿Las clases dominantes y los dominados pueden dejar de serlo sólo si la distribución de los medios de poder cambia? Los marxistas ortodoxos hubieran dicho que sí, pero la revolución cultural maoísta arrancó de otro supuesto. Tal vez percibía correctamente el problema, pero se entrampó en la misma imposibilidad de forzar con medios políticos, desde la educación hasta la represión sangrienta, el cambio de la cultura. Esto parece sólo una versión radical de lo que invariablemente ha pasado con los programas políticos demasiado ambiciosos. Siempre han cambiado algo, pero nunca lograron los resultados aspirados. Esto debería rehabilitar las formas de resistencia cotidiana, las que a lo mejor no sólo por falta de perspectiva y visión, sino también por un sabio autocontrol (Scott 1990: 136, 213-214) se dan por contentas con formas de mejora momentánea (Scott 1985: 29-33).

---

Este volumen es el resultado de un simposio celebrado en Berlín, del 21 al 23 de febrero de 2002. Fueron invitados algunos colegas del extranjero, jóvenes y otros no tanto, reuniéndonos en total 23 personas de siete países. En un principio se planteó formar un foro que representara la nueva generación académica alemana de las ciencias sociales dedicada a América Latina. “Nuevo” en este contexto no significa necesariamente joven, sino más bien que no hemos sido consagrados con la plaza fija, es decir, con una cátedra. Desde entonces, uno de los participantes ha tenido esta suerte; al menos tres se han resignado y se han apartado de la investigación activa; una ha cruzado primero el Atlántico y después el canal de la Mancha para probar suerte (camino igualmente recorrido por una de las participantes no alemanas, pero en

orden inverso). Los otros seguimos resistiendo, con o sin empleo; según el lenguaje de nuestros políticos se podría decir, como hierro viejo a la intemperie del tiempo.

El simposio y la publicación de sus ponencias fueron generosamente apoyados por la Fundación Fritz Thyssen (Fritz Thyssen-Stiftung) y por el Instituto Ibero-Americano de Berlín. De esta última institución, Sandra Carreras, también autora de este volumen, nos ayudó de manera muy eficaz en todo lo tocante a la organización. Los editores agradecemos a todos los participantes, exponentes o no, por sus aportes en la discusión. Queremos resaltar la presencia de Friedrich Katz, y un agradecimiento especial debemos a Hermes Tovar, el cual, durante una estancia posterior en Berlín, se ofreció a leer algunos de los textos para ayudarnos en la redacción final del libro.

Ahora algunos aún se preguntarán dónde quedan los buenos, los malos y los feos. El título del libro es una reverencia a Sergio Leone,<sup>6</sup> director de cine, cuyas películas, despreciadas por los intelectuales de su época, ya en los años sesenta redujeron a lo absurdo toda la distinción entre malos y buenos en un mundo materialista donde todos buscan su provecho. En su película más taquillera, tanto el bueno como el malo demuestran conmiseración con los pobres soldados de la guerra civil americana, es decir, hombres que matan y arriesgan su vida por intereses ajenos (aunque la escena del malo haya sido eliminada en la versión que circuló por los cines alemanes); y el feo sólo es más ruidoso que los otros dos tipos completamente impenetrables y acompaña sus acciones y las de los otros con muecas y un palabreo interminable.

### Bibliografía

- Aguilar, Carlos (1990): *Sergio Leone*. Madrid: Ediciones Cátedra.
- Bieber, León (1988/89): "Lucha antiimperialista y unidad latinoamericana. La experiencia revolucionaria castro-guevarista". En: *Homines*, 12/1-2, pp. 258-276.
- Bourgeault, Ron et al. (eds.) (1992): *1492-1992: Five Centuries of Imperialism and Resistance*. Winnipeg: Society of Socialist Studies/Fernwood (Society of Socialist Studies, 8).

---

6 "Soy un socialista decepcionado a punto de convertirse al anarquismo. Pero como tengo conciencia, soy un anarquista moderado y no ando por ahí poniendo bombas" (citado en Aguilar 1990: 156).

- Breuer, Stefan (1986): "Sozialdisziplinierung. Probleme und Problemverlagerungen eines Konzepts bei Max Weber, Gerhard Oestreich und Michel Foucault". En: Sachsse/Tennstedt (eds.), pp. 45-69.
- Brieler, Ulrich (1998): "Foucaults Geschichte". En: *Geschichte und Gesellschaft*, 24/2, pp. 248-282.
- Castro, Fidel (1985): *Nuestra lucha es la de América Latina y el Tercer Mundo. Entrevista concedida al periódico "El Día", de México, el 8 de junio de 1985*. La Habana: Oficina de Publicaciones de Estado.
- Devés Valdés, Eduardo (2000): *Del Ariel de Rodó a la CEPAL (1900-1950). El pensamiento latinoamericano en el siglo XX. Entre la modernización y la identidad*, vol. 1. Buenos Aires: Editorial Biblos.
- Elias, Norbert (1998): *Über den Prozeß der Zivilisation. Soziogenetische und psychogenetische Untersuchungen*, 2 vols. Frankfurt/Main: Suhrkamp (22ª edición revisada y aumentada, 1ª ed. 1937-1939).
- Ferreira, María Nazareth (1996): "Identidad y resistencia cultural en América Latina. Algunas consideraciones preliminares". En: *Cuadernos Americanos*, Nueva Época, 10/6, pp. 45-53.
- Florescano, Enrique (1997): *Etnia, Estado y nación. Ensayo sobre las identidades colectivas en México*. México: Aguilar.
- Foucault, Michel (<sup>11</sup>1995): *Überwachen und Strafen. Die Geburt des Gefängnisses*. Frankfurt/Main: Suhrkamp (Suhrkamp taschenbuch wissenschaft 184) (1ª ed. francesa 1975).
- Gabriel, Leo (ed.) (1997): *Die globale Vereinnahmung und der Widerstand Lateinamerikas gegen den Neoliberalismus*. Frankfurt am Main/Wien: Brandes & Apsel.
- Gruzinski, Serge (1988): *La colonisation de l'imaginaire. Sociétés indigènes et occidentalisation dans le Mexique espagnol, XVI-XVIII siècle*. Paris: Gallimard.
- Hechter, Michael (1975): *Internal Colonialism. The Celtic Fringe in British National Development, 1536-1966*. London: Routledge & Kegan Paul.
- Leibner, Gerardo (1999): *El mito del socialismo indígena. Fuentes y contextos peruanos de Mariátegui*. Lima: PUCP.
- Maihold, Günther (1988): *José Carlos Mariátegui. Nacionales Projekt und Indio-Problem. Zur Entwicklung der indigenistischen Bewegung in Peru*. Frankfurt/Main: Atheneum.
- Oliva de Coll, Josefina (1974): *La resistencia indígena ante la conquista*. México: Siglo XXI.
- Prebisch, Raúl (1950): *The Economic Development of Latin America and its Principal Problems*. New York: Cepal.
- Ramos, Julio (2001): "Hemispheric Domains: 1898 and the Origins of Latinamericanism". En: *Journal of Latin American Cultural Studies*, 10/3, pp. 237-251.
- Sachsse, Christoph/Tennstedt, Florian (eds.) (1986): *Soziale Sicherheit und soziale Disziplinierung. Beiträge zur historischen Sozialpolitik*. Frankfurt/Main: Suhrkamp.



- Schwerthoff, Gert (1998): "Zivilisationsprozeß und Geschichtswissenschaft. Norbert Elias' Forschungsparadigma in historischer Sicht". En: *Historische Zeitschrift*, 266/3, pp. 561-605.
- Scott, James (1985): *Weapons of the Weak: Everyday Forms of Peasant Resistance*. New Haven: Yale University Press.
- (1990): *Domination and the Arts of Resistance. Hidden Transcripts*. New Haven: Yale University Press.
- Senghaas, Dieter (ed.) (1974): *Peripherer Kapitalismus. Analysen über Abhängigkeit und Unterentwicklung*. Frankfurt/Main: Suhrkamp.
- Watanabe, John M. (1999): "Getting Over Hegemony and Resistance: Reinstating Culture in the Study of Power Relations Across Difference". En: *European Review of Latin American and Caribbean Studies*, 66, pp. 117-126.
- Weber, Max (1976): *Wirtschaft und Gesellschaft. Grundriß der verstehenden Soziologie*, ed. por Johannes Winckelmann. Tübingen: Mohr Siebeck (5ª ed. revisada, 1ª ed. 1922).